



*lo siento más distante
respirando la noche.*

*Y a esa hora,
entrar en él es ser ya todo.*

Podemos señalar cómo Obregón fue formado bajo una educación fuertemente clerical y que sus figuras familiares, autoritarias y religiosas, desarrollaron en él un carácter sensible a la experiencia del absoluto. Ya en España, después de sus años de aprendizaje de ciencia y matemáticas, y tras ocuparse con empecinamiento en asuntos filosóficos, intenta infructuosamente ingresar a un monasterio. Aunque la imposibilidad de convertirse en monje lo obliga a persistir en los vaivenes de la mundanidad, sus pulsiones interiores no lo abandonan nunca. Probablemente este insistir en la vivencia de lo sagrado y eclesiástico, en un contexto que luchaba a brazo tendido por dejar de lado un pasado histórico hecho a base de religiosidad, haya desempeñado su papel en el silencio que ha rodeado su obra. Y

sin embargo, los tiempos que corren, junto a tanta insensatez, también hacen posible volver a mirar, y esta vez con sosiego, testimonios de vida en clara oposición al espíritu general de su época. Es el caso de Obregón. Porque su palabra se ocupa de asuntos enigmáticos y abstrusos, pero lo hace desde la sensibilidad poética más refinada y honesta. Más translúcida. Y su marginalidad termina por convertirse en ese ámbito de luz tenue que permite el florecimiento de una experiencia vital genuina, y, pareciera, característica de la condición humana.

Junto a la placentera posibilidad de contar con una oferta editorial que nos acerca al trabajo poético de Carlos Obregón, lamentamos constatar cómo la factura misma del libro está lejos de corresponder a las expectativas provocadas. Las contradicciones en la información del texto de solapa (a renglón seguido, y sin ninguna solución de continuidad, se nos indica que el poeta se suicida el 1 de enero de 1963 y que muere en un accidente automovilís-

tico en 1964) y la repetición de un mismo verso final en dos páginas seguidas (págs. 94 y 95) con el consecuente desfase en la diagramación, evidencian un descuido editorial inexplicable. La colección de poesía de la Universidad Nacional de Colombia, por su propia condición y constituyéndose en una política cultural de nuestro más importante centro educativo, merece todas nuestras simpatías. No obstante, en medio de una propuesta visual cuidadosa y un concepto de libro delicado y preciso, estas incorrecciones evidencian un espíritu desdeñoso en el manejo del patrimonio público que esperamos no ver repetido en ninguna otra oportunidad.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ BERNAL

La sola palabra

Ulises, hombre solo

José Manuel Crespo

Universidad del Magdalena / Casa de Poesía Silva, <Santa Marta>, 2004, 157 págs.

*¿Qué guerra es ésta, pues, que no
[redime
ese ayer infinito que perdimos
tratando de vivir vidas ajenas?
José Manuel Crespo*

Un vasto, pero monótono monólogo sobre su experiencia vital, que por ser la de Nadie supone literalmente la de cada hombre —es decir, comprendiendo abusivamente en él a la mujer—, es el que enuncia este Ulises de José Manuel Crespo en un anochecer de Ogigia, la isla donde se halla prisionero por el designio amoroso de una divinidad menor.

El icono del Ingenioso —como bien afirma Nicolás Suescún en su breve presentación, mencionando a Kavafis y a Joyce—, ha sido, no sin razón, uno de los más recurrentes entre los escritores del pasado siglo. El mismo Suescún se encarga de se-

ñalar las peculiaridades del héroe de esta obra, con la que el autor de *Ciénaga* obtuvo en el 2000 el premio de poesía HJCK 50 Años / Casa de Poesía Silva:

como aquel vacuo caballo portentoso, su gesta memorable. Un Ulises íntimo, acuciado por crímenes que otrora eran hazañas: las llamas de Troya, el ojo ciego de Poli-

do Ulises en nuestras tierras aún ubérrimas, admitimos que nada más hay que hacer, nada tampoco que contar, o sí: sutiles divertimentos sobre asuntos reiterados, que es lo mismo que nada, entre circunloquios de memorias tristes e irremediables:



El Ulises de Crespo es el poeta mismo —y nosotros, sus coetáneos—, no sólo porque vea en sueños “al niño que comía mango biche en la playa”, o porque aparezcan animales y plantas americanos como los mapaches, los turpiales, las guacamayas o las araucarias, o porque emplee giros y diminutivos muy de nosotros; sino porque “Ulises, el monarca —vuelta realidad la treta con que engañó a Polifemo—, es ahora Nadie”, cuyas tres miserias son “la ira, la indolencia mortal, la incertidumbre”... [pág. 6]

De acuerdo. Se trata de un Ulises caribeño y anónimo: un rey solo, cautivo de sus propios fantasmas e ilusiones, que es a lo que se reduce, pasadas las centurias y tantas decepciones surgidas del ingenio,

femo, la iracundia de Aquiles, la magia de Circe. Es decir, un Ulises sin porvenir ni historia propia, como somos nosotros, hijos del siglo XXI y de Latinoamérica: los hijos desdeñados de los dioses, a expensas de ninfas caprichosas, rodeados por el mar inmenso de la soledad y la violencia:

*No soy grato a los dioses. Hay
[motivo:
nunca les tuve suficiente miedo.
[pág. 130]*

Pero también somos nosotros porque como ese Ulises, que dice su monótono monólogo en medio de exotismos, hemos sido sometidos siempre a una andanada de palabras, a un discurso tan vasto que nos anada. De modo que, como Joyce, asumiendo con Crespo a este cansa-

*La garra mata pero no disfruta
el mundo y su verdad: sólo la
[mano
(la mano que debido a la pericia
del arisco pulgar que sigiloso
se aproxima, distancia o
[contrapone
al ritmo de los cuatro
[inseparables,
abre, cierra, trabaja, pulsa,
[siente,
y en su mímico juego hace
[posible
que el logos interior, el verbo
[ciego
se colme de color y de sentido,
que un niño con los párpados
[cerrados
perciba y reconozca la violeta,
o que el hombre sin voz, el
[perro mudo,
exprese lo que siente y sustituya
con el signo la sílaba perdida)
se hace cuenco y remanso para
[el agua,
sujeta con firmeza la madera
o suave precisión la hojita verde,
se tiende en amistad, muestra la
[palma
surcada por las líneas del
[destino. [págs. 24-25]*

No se puede negar que tales divertimentos y circunloquios tienen aún su gracia, mas no aquella trascendencia épica del rapsoda. Tampoco la propia de aquel viajero osado del siglo XIII que fuera al mismo cielo y que Crespo pareciera evocar en la cadencia de sus endecasílabos. Ni siquiera los graves circunloquios emitidos, en la modernidad fundacional, por Hamlet ante la calavera de Yorick. Este Ulises estático de Crespo, sin hazañas ni luchas, carece incluso de un Dublín laberíntico. Se contenta tan sólo, ya se ha dicho, en el paisaje de los tomates y las guacamayas: es decir, en la abundancia de la palabra. Tal es lo que pare-

